

recreo en su mocedad: en la actualidad sólo se conservan dos; uno en Loyola y otro que Isabel II hizo trasladar á la Armería real de Madrid.

Modificado todo el interior cuando se trató de consagrar al culto aquel palacio venerable, no es posible determinar con exactitud cuál haya sido la distribución de las salas, aposentos, tránsito y oficinas domésticas en el tiempo á que nos referimos: más adelante consignaremos lo que respetables y no interrumpidas tradiciones nos dicen acerca de algunos puntos más señalados.

Una pequeña puerta ojival de anchas dovelas, abierta en el lado Nordeste que mira hacia Azpeitia, daba entrada al antiguo castillo. En su parte superior véanse toscamente esculpidas en negruzco sillar de la misma clase que los demás, las armas de la casa de Loyola.

Don Martin, hermano mayor de San Ignacio, describe minuciosamente los escudos de armas de las casas paterna y materna, y da á entender la estimación que hacia de ellas en el instrumento jurídico de la institución del mayorazgo de Loyola: he aquí sus palabras:

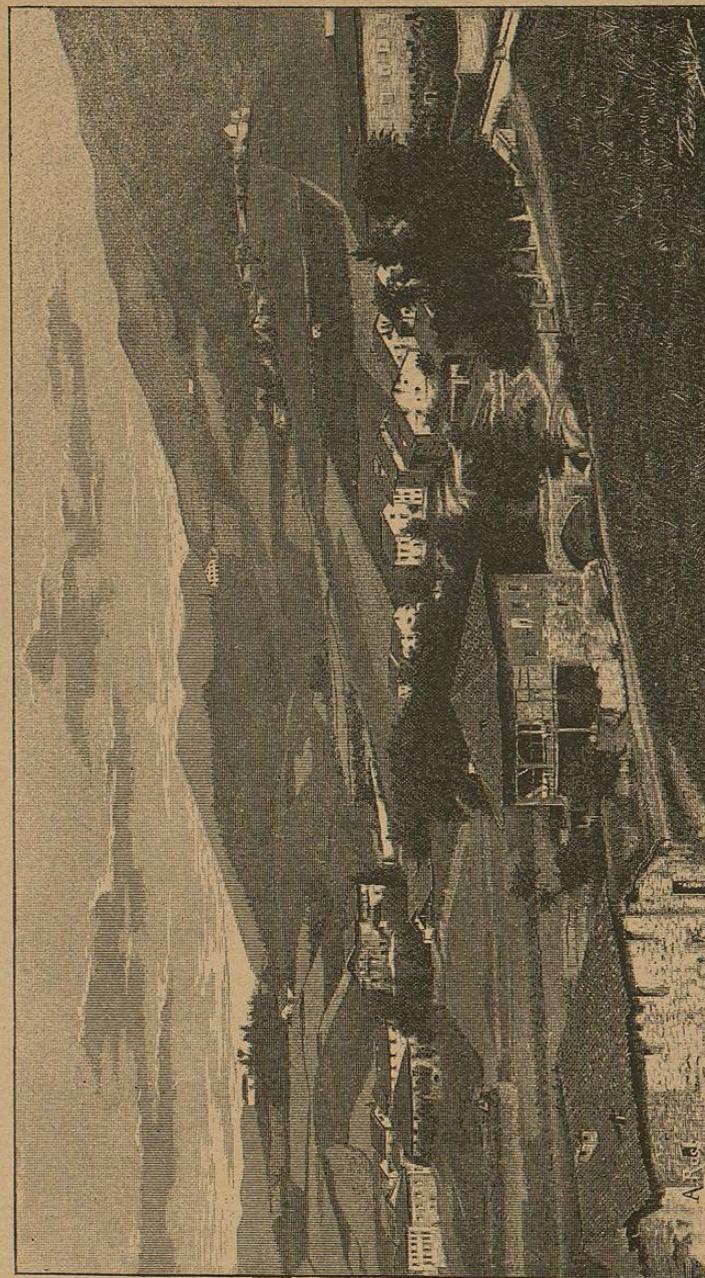
«Cualquiera que este mi mayorazgo heredase, sea tenido de se llamar al mi apellido y abolengo de Oñaz y al de Loyola, é traer y traya mis armas é insignias en campo é donde quiera que anduviere. Las cuales dichas armas de la dicha mi casa é abolengo de Oñaz son siete bandas coloradas en campo dorado, y las de la casa de Loyola, unos llares negros y dos lobos pardos con una caldera colgada de los dichos llares: los cuales dichos lobos, tienen la caldera en medio y están asidos con cada sendas manos á la asa de la dicha caldera de cada parte: y hánse de traer y poner en campo blanco: y las unas y las otras se han de poner por sí: y las de la dicha casa de Oñaz mi abolengo se han de poner á la mano derecha, segun al principio de esta escritura. E que el dicho Beltran, mi hijo y sus descendien-

tes no puedan traer ni hayan otras armas, pero que pueda poner, si quiere, en las orladuras del escudo armas de otro abolengo, con tal que las dichas mis armas se pongan siempre y se hayan en medio: y hanse de traer todas las dichas mis armas de suso nombradas en un escudo y una vaya entre las unas y las otras, las de la casa de Oñaz mi abolengo siempre á la mano derecha. Y si por ventura el dicho Beltran de Oñaz mi hijo legítimo mayor y sus descendientes no lo hicieren así, que cualquier pariente de las mis casas y solares de Oñaz y Loyola le pueda requerir que así lo faga y cumpla, y principalmente le requiera é pueda hacer el dicho requerimiento aquel que está en el grado siguiente á quien vernia el dicho mayorazgo...»

Fácil es conjeturar las razones que movian á D. Martin á dar la preferencia á las armas de la casa de Oñaz sobre las de Loyola. Es cierto que los siete héroes de Beotibar fueron fruto del enlace de ambas casas, como arriba dijimos; pero de Oñaz procedia la línea paterna, y esta es sin duda la primera causa.

La segunda, el ser este escudo blason que recordaba una hazaña tan gloriosa, por la cual el nombre de la familia quedaria inmortalizado en la historia de Guipúzcoa. Por lo demás, como los herederos de esta nobilísima estirpe tuvieron siempre su domicilio en el castillo de Loyola, prevaleció este nombre, y el de Oñaz fué cayendo en desuso.

El escudo de Loyola es muy significativo. Segun las explicaciones de los autores heráldicos, la caldera simboliza la Rica-hombría de los señores de Cantabria, á los cuales se concedia la bordasen en sus pendones y se daba facultad de hacer gente de guerra y mantenerla á sus propias expensas. Los lobos significan el denuedo que debe caracterizar á los que saben defender la cuna de sus hijos, la tumba de sus padres, las franquicias de sus municipios, el altar de sus creencias.



Ceranias de Loyola (Azcoitia).

Muy fácil nos sería demostrar con hechos históricos, cuán perfectamente cuadraban estos símbolos heráldicos á las tendencias bélicas de la familia de Oñaz y Loyola; mas sería distraernos de nuestro propósito: bástenos recordar, que de los seis hermanos de San Ignacio, dos murieron gloriosamente en las guerras de Nápoles, otro en la conquista de América; D. Martín militó como valiente y hábil artillero en los ejércitos del Rey católico D. Fernando, y del mismo Santo habla bien claro, tanto la toma de Nájera, como la heroica defensa de Pamplona.

Queremos concluir este capítulo con un documento que viene á ser un resumen de lo dicho anteriormente y aun de algo que hemos de decir más adelante, y que tiene la particularidad de haber sido escrito viviendo todavía San Ignacio, es á saber, seis años ántes de su santa muerte. Su autor, el P. Tablares, acompañaba al P. Araoz, pariente del Santo, y como testigo de vista refiere lo siguiente:

«Por toda esta provincia por donde he andado, me parece que nunca he salido del Huerto del Rey en Toledo, porque á ninguna parte volverán los ojos, así en los montes como en las vegas, que no vean tanta frescura, que parece como una sombra de un paraíso en la tierra. Porque de lo mejor y más fresco della es el asiento de la casa de Loyola, daré á VV. RR. alguna relacion desta casa y de su auctoridad en toda esta provincia, por ser la casa donde nuestro Rmo. Padre nació, la cual espero en el Señor que verná tiempo que por el bien nacido en ella se visite con la reverencia que se debe.

»Es la casa de Loyola como una fortaleza, toda de cal y canto, de casi siete pies de grueso; está en el campo entre dos villas, que se dice la una Azcutia y la otra Azpetia, que dicen que es la una hasta de ochocientos y la otra de mil. Está en medio de entrambas, que habrá de una á otra

una legua, de tanta frescura, que dudo que pueda haber otra de más recreacion á la vista questa. En este medio está Loyola, toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de fructas, tan espesos, que casi no se vee la casa hasta questán á la puerta.

»Ha sido y es esta casa como señor de la una destas villas que se dice Azpetia, ques la mayor: es en la iglesia como Obispo que provee los beneficios, y todo lo que hay en ella; así que en lo espiritual y temporal tiene mucho mando, y la tienen gran respecto. Es casa de muy buena renta, y así en toda esta provincia ha sustentado siempre mucha auctoridad.

»He tocado esto así brevemente para que sepa la gente, á gloria de Dios, que el Rmo. Padre nuestro Iñigo no es algun hijo de la tierra, sino de los principales señores y casas de la provincia, como cabeza ques esta de la casa de Oñate, cuyo apellido siguen los Duques de Nájara.

»Ni tampoco parecerá que escribir esto tiene sabor de mundo, á los que hubieren notado en las leyendas y vidas de los Santos, que siempre se hace en ellas gran mencion de la nobleza y lugar de donde decienden; y no sin causa, porque no aleguen los ilustres y los nobles, que los que han seguido Jesucristo, Señor de todos, lo han hecho de pobres, ó por ventura de apocados y bajos, y así para satisfaccion de los que tienen cargo de ejercitar nuestra paciencia y de afinarnos en la humildad como para enjemplo de los pobres y ricos que aprendan á dejar al mundo por Cristo, he dicho como testigo de vista esto, y teniendo al Señor presente, ques suma verdad, en cuya presencia ni ausencia no se sufre mentir.

»Así que he visto la poca razon que han tenido algunos de mofar en esta parte de nuestro Patron, el cual dejó esta casa con todo el regalo y auctoridad della, y tan dejado, que cuando vino á esta villa de Azpetia despues de muchos

años de penitencia y de peregrinacion, se fué al hospital de aquella villa, á donde estuvo sin querer ir á su propia casa algunos dias, predicando allí, á donde le seguia, segun dicen gran concurso de gente; y hasta agora, por la bondad del Señor, dura en aquella villa el fructo que hizo, que siendo un lugar muy dado á jugar y jurar, no se hace, y se tiene ya por abominacion.

»Entré á ver en el hospital su aposento, que era comun con el de los otros pobres; en el vi por hospitalera y hospedadora de los pobres una sobrina suya, que le parece, y le sigue. Sea el Señor glorificado, que por el ejemplo deste caballero, Padre y señor nuestro, otros muchos caballeros y señores, y grandes y príncipes, sirven á Cristo, y dejan por su amor todo lo que acá tienen, al cual sea gloria por siempre jamás.»

